

y adquirieron gran fama de valor é inteligencia. Con el objeto, entonces supremo, de utilizar los descubrimientos científicos, se crearon también dos compañías de *aerostatas*, con la esperanza de que los globos ofrecerían un medio de explorar las posiciones y las fuerzas enemigas. En la batalla de Fleurus había un globo en lo alto que enviaba continuos billetes de aviso sobre las disposiciones del enemigo. Se abandonó su uso; pero ¿quién sabe si los adelantos de aquel arte no refluirán en beneficio de la guerra?

Aquel extravagante heroísmo dejó lugar á la templanza que vino á los primeros albores de la paz; entonces se publicó la ley de quintas, justa, universal y á propósito para asegurar la paz y la victoria, si no llegaba á ser un instrumento de despotismo. Si hemos de creer en los cálculos de algunos, murieron un millón cincuenta mil hombres en la *guerra de las opiniones armadas* (como la llamaba Pitt) ántes del Consulado.

En tiempo de este, el gobierno pudo seguir un sistema y hacer leyes meditadas, no exigidas por las circunstancias, y restablecer la instrucción dirigiéndola en ventaja del ejército; la Escuela politécnica, y la nueva Escuela especial militar destruyeron la opinión de que los estudios eran inútiles para la guerra. Entonces se extendieron los trabajos del depósito de la guerra. Luis XIV le había fundado como simple archivo, y entonces se mandó clasificar los muchos materiales de historia y de instrucción militar que contenía, se hicieron traducir las mejores obras militares extranjeras y publicar el *Memorial topográfico*. La comisión de salud pública, á imitación del consejo áulico de Viena, se dedicó á fijar la marcha de los ejércitos, y por tanto fué necesaria una oficina topográfica que diese cartas y noticias. El primer cónsul, comprendiendo la importancia del conocimiento del terreno, mejoró la suerte de los ingenieros geógrafos militares, que hasta entonces no tuvieron existencia oficial, y llevaron á la mayor altura el arte de levantar y dibujar mapas, facilitaron la aplicación de la gran táctica á los diferentes terrenos, redujeron á un nuevo arte las exploraciones militares, y formaron las preciosas cartas de Francia y de los países con que estuvo en relación.

¡ Hermosos tiempos, si se hubiera sabido ó podido enfrenar la ambición! Cuando Napoleón se ciñó la corona, dirigió al ejército toda su atención; aumentó la gendarmería de los departamentos; creó dos batallones de velites que componían parte de la guardia y que debían servir de instructores de los que no podían entrar en la Escuela Militar: la guardia está formada de hombres de todas las armas, hasta de la marina, representando la *casa militar* de Luis XIV. Entonces resucitó muchas instituciones monárquicas y los nombres de regimiento y de coronel; aumentó los oficiales superiores y el lujo de las divisas: la legion de honor

sustituyó á las órdenes y condecoraciones antiguas, y los miembros de aquella tienen voto en los colegios electorales y puesto en todas las asambleas políticas. Inventó, en fin, aquel orden militar con que aterró á toda la Europa; y no pudo resistir, que fué en gran parte imitado por las otras naciones, aunque á los tácticos les parece que poco ó nada inventó aquel grande hombre, heredando solo lo que había creado el ímpetu republicano.

No pueden ménos de presentarse á la consideración del filósofo las alteraciones que produjeron los ejércitos revolucionarios en las costumbres y en el modo de vivir de las naciones. Se aminoraron las prerogativas de las personas; se atendió poco á su bienestar con tal que se aumentase la fuerza de las masas. Se proscribieron las tiendas por la imposibilidad de preparar tantas como se necesitaban para tan numeroso ejército, y en breve los extranjeros tuvieron que hacer lo mismo para que no les aventajase en celeridad en las marchas. Las requisiciones en especie con que se sostuvieron los ejércitos de la República, fué también una novedad debida á las circunstancias; y es el mejor sistema cuando no se convierte en saqueo, pero expone á los ejércitos á la eventualidad de sufrir privaciones, y por tanto es preciso servirse de él con gran cautela.

Corresponde á la historia la narración de aquella serie de batallas tales que nunca se habían visto en tan estrechos límites tantos hechos ruidosos, instructivos y espantosos para los príncipes y los pueblos. En las primeras hubiera podido distinguirse Dumoriez, pero estaba mas acostumbrado á las intrigas políticas y los detalles secundarios, y demostró no entender la parte elevada de la guerra, la cual dirigida por él, pareció retroceder un siglo. La fortuna para Francia fué que los enemigos compitieron con ella en errores y no prosiguieron una invasión que el furor de los Franceses no era capaz de prevenir. Las campañas siguientes no tuvieron importancia hasta que Buonaparte obtuvo el mando del ejército de Italia.

Los Piamonteses ocupaban excelentes posiciones, y querérselas quitar hubiera sido exponerse de nuevo á lo que sucedió en Bellisle en 1746. La guerra de montaña produce buenos resultados, no tanto atacando como ocupando los campos que están detras y al flanco del enemigo, de modo que tenga que dejar sus posiciones sin combatir para ocupar otras ó salir de ellas para combatir. Esto pensó Buonaparte, y los ejércitos ocuparon las cimas de los Alpes Marítimos; enviado despues en reemplazo de Scherer, halló un ejército no fuerte, pero de justas proporciones, y supo multiplicarle por medio de la rapidez, ordenarle y darle unidad. Penetró en el Piamonte por entre las posiciones enemigas por medio de una estratagemata: las victorias de Montenotte y Millesimo separaron á los Piamonteses de los Austriacos y le abrieron el camino de Turin y de Milan. Los Alpes fueron la

base de operaciones; el ejército salió de la miseria y del hambre sin necesidad de recurrir al saqueo. « La rapidez de lo movimientos, el ímpetu de las tropas, y principalmente el arte de presentarlas ante el enemigo á lo ménos en número igual, y muchas veces superior, unido á la constancia de la fortuna, habían evitado mucha sangre (1). »

El armisticio de Gherasco abrió á los Franceses las comunicaciones del Piamonte, de modo que se acortó el camino entre Paris y el cuartel general, y se hizo teatro de la guerra la izquierda del Po, que es mas á propósito para un ejército numeroso. En vez de pasar Buonaparte aquel rio por Valenza, segun pensaban los Austriacos, lo atravesó por Plasencia yendo por caminos desusados, cogiendo á Beaulieu por la espalda y obligando al duque de Parma á firmar un costoso armisticio. Se dice que Buonaparte debió bajar á Cremona y dar la vuelta por la línea del Adda: colocados en esta los enemigos trataron de defenderla en Lodi, pero una columna de granaderos pasó aquel puente bajo el fuego del enemigo y le dispersó sin perder mas que doscientos hombres. Un oficial húngaro que cayó prisionero decia á Buonaparte sin conocerle: « No hay medio de entender nada. Tenemos que habérmolas con un general jóven » que ya está delante de nosotros, ya detras, » ya á los costados, y no se sabe cómo colarse. Este sistema de guerra es insoportable » y viola todas las reglas. »

Milan y Cremona fueron ocupados, y Beaulieu sin detenerse al otro lado del Oglio y del Chiese, escogió la línea del Mincio teniendo á la derecha el lago de Garda y las montañas del Tirol y á la izquierda la fortaleza y las lagunas de Mantua, ocupó á Peschiera para afrenta del Senado veneciano, y en esta ciudad colocó la derecha de su ejército, el centro en Viareggio y la izquierda en Goito: en Villafranca tenía preparada una reserva de quince mil hombres. Buonaparte, despues de haber perdido algunos dias en Lombardia acaso por la necesidad de adquirir las simpatías de las grandes ciudades, resolvió romper aquella línea por el centro; pasó el Mincio cerca de Borghetto y se fijó en Valeggio. Por mas que él, contra lo establecido en los antiguos sistemas, tratase de no perder tiempo en expugnar fortalezas, era indispensable asediar algunas, como Mantua luego que llegó al Adige; y considerándola como base y centro de todas las combinaciones, resolvió sitiárla, distribuyendo el ejército de modo que no tenia que temer fuese incomodado por los que bajasen de los Alpes ni por los que iban de la Baja Italia. En efecto, Wurmser llegaba por el Tirol con tres cuerpos, y si Buonaparte quedaba á la defensiva, era perdido. Pero él concentró sus fuerzas á la derecha del Mincio, suspende el sitio de Mantua clavando los cañones que no considera vergonzoso abandonar, é impide con

(1) *Mém. de Sainte-Hélène.*

la batalla de Lonato que el enemigo se una con Quosnadowich; Wurmser se reunió á Castiglione y fué vencido, viéndose precisado á retirarse despues de haber visto destruido su excelente plan en doce dias de hábiles evoluciones.

Es admirable la rapidez con que Buonaparte improvisó combinaciones en los meses sucesivos; de manera que Wurmser que esperaba libertar á Mantua, se dió por contento con hallar en ella un refugio. Estos dos enemigos tenían distintos sistemas: los Austriacos esperaban en línea y á pié firme; los Franceses, por el contrario, lo evitaban presentándose de frente rara vez y tratando mas bien de sorprender y asustar al enemigo; por lo cual los cazadores preparaban la victoria por medio de matorrales y precipicios; la artillería y las columnas daban golpes decisivos adelantándose por los valles; los granaderos formados en batallones, ya iban á la cabeza de las columnas, ya permanecían en reserva con la caballería; el cuadro se usaba poco todavía. El gabinete austriaco envió con Alvinzi un tercer ejército á proteger á Mantua, que ya era mas importante desde que Wurmser se había refugiado en ella. Ambos campos tenían la desgracia de ser dirigidos por un consejo de personas lejanas, el Directorio y el Gabinete áulico; y á esto se atribuyen en gran parte los desastres reciprocos.

Pero se notó que estaban animados de diferente espíritu los ejércitos franceses de Italia y los de otras partes. Estos últimos, dice Nisas, tenían siempre delante la imágen de la República, obedecían á impulsos que procedían evidentemente del centro del gobierno; el freno con que la prevision del gobierno contenía los ímpetus, la poca independencia del general en jefe, la mucha de los comandantes de division, la frugalidad de los jefes y de los oficiales, la importancia de todos los hombres hasta de las últimas filas, todo demostraba continuamente que no eran ejércitos de un jefe, sino del país; cualquiera que obtuviese el mando era recibido con respeto y rara vez con entusiasmo, pero con ciega sumision. En el ejército de Italia, por el contrario, despues de cualquier victoria, los ánimos se hallaban dispuestos de distinto modo; parecía que la patria se había quedado del otro lado de los Alpes y su recuerdo dominaba ménos las imaginaciones, ó se recordaba para ilustrarla mas que para obedecerla; la utilidad era ménos apreciada que el buen éxito; el fausto y el lujo eran recursos que no se echaban en olvido para obtener influencia; el patriotismo era despues que la gloria; y el jefe era dispensador de gloria: se aficionaron á él y le escribían: « Aquí nos tenéis dispuestos á ejecutar » vuestras órdenes, cualesquiera que sean; » el cambiarle hubiera sido destruir el ejército y detener sus progresos. Á esto se atribuyen en gran parte los prósperos resultados que dió el ejército de Italia; al paso que los de Jourdan y Moreau no obraron de acuerdo con Buonaparte: y habiendo de entenderse con el prin-

cipe Carlos de Austria, dejaron perder la conquista de la Alemania.

El Austria se halló en posición de enviar nuevos refuerzos á Italia mientras que el Directorio no sostenía á Buonaparte, ya porque considerase de poca importancia las conquistas del otro lado de los Alpes, destinadas únicamente á hacer una diversion en la guerra del Rhin, ya temiese el creciente poder del que las mandaba y tratase de promoverle obstáculos. Buonaparte, que tenia muchos menos recursos, lleva la guerra á lugares estrechos donde el valor puede mas que el número, y venciendo en Caldiero pone las cosas en buen estado; á pesar de la habilidad de Alvinzi y los incesantes esfuerzos del Austria, Mantua se vió precisada á rendirse y dejó desatendidos los países hereditarios del Austria.

Pero la Romania tomó parte en aquella guerra con los enemigos, y el odio popular se declaró contra los Franceses. En breve la ocupó Buonaparte y obligó á la corte pontificia á firmar la paz de Tolentino, con la cual concluyó la admirable campaña de 1796. Ningun militar debe dejar de leerla en la sorprendente descripción inserta en el *Memorial de Santa Helena* para ver en ella los principios científicos aplicados tan á propósito y tan justificados por los sucesos. Se divide (dice Roquencourt) en períodos de reposo y de actividad: estos últimos que duran de diez á veinte dias, no forman apenas mas que una batalla; tan frecuentes son los encuentros y tan multiplicados los combates. El general no solo posee el difícil arte de dirigir las masas á puntos decisivos y suplir al número con la rapidez de los movimientos, sino que sabe tambien mantener una excitación moral que no pueden evitar los ánimos mas frios. Si las divisiones están separadas alguna vez, es solo para esperar el momento de obrar y cuando aun está distante el enemigo. Cuando se presenta, nada iguala á la rapidez con que se reúnen, y es tal la precisión y la claridad de las órdenes que no puede haber detenciones ni mala inteligencia. Á esto hay que añadir que el lugar de encuentro es siempre el mas favorable para los proyectos ulteriores. Como se tiene por regla que se aguarde al adversario, el general no se apresura al principio; espera que este haya dejado descubrir lo que va á hacer, porque teme cansar á la tropa con falsos movimientos y perder un tiempo precioso en inútiles idas y venidas. «Meditando en cada uno de los períodos de aquella campaña (añade Jomini), ¿quién no conoce la habilidad de las combinaciones que le proporcionaron la victoria de Montenotte; la sagacidad que manifestó en las negociaciones con la corte de Turin; el rápido golpe de vista que salvó á su ejército en Lonato y en Castiglione; el ímpetu con que atacó á Wurmsen en Bassano, y en fin, la audacia y serenidad con que combatió en Rivoli? ¡Ah! ¿por qué mancharon tan hermosas empresas la ambición y la adulación? ¿Por qué el orgullo y la ambi-

ción hicieron olvidar á aquel grande hombre lo que debía á su propia gloria, á la Francia y á la humanidad (1)? »

Viendo á Viena abandonada, aquella corte envió nuevos refuerzos con el príncipe Carlos, ilustre por las victorias que alcanzó en Alemania; pero el Directorio no conociendo aun la gran importancia del ejército de Italia, ó celoso de la influencia de Buonaparte, le socorrió débilmente, obstinándose en llevar á orillas del Rhin la fuerza de la guerra, sin que los dos ejércitos su reuniesen para operar. Pero Buonaparte resolvió esperar al enemigo, y supliendo con el valor el corto número de sus soldados, trató nada menos que de pasar los Alpes y llegar al valle de Viena. Aquellas admirables evoluciones sorprendieron al príncipe Carlos, que á pesar de su pericia se vió precisado á retirarse, y la Alemania quedó á merced de los ejércitos franceses. Pero todo el Tirol se habia puesto sobre las armas, de modo que hubo que llevar allá las tropas y aceptar un tratado en Leoben, con el cual terminó la sublime campaña de Italia.

Siempre será la mayor gloria de Buonaparte, ya se considere en conjunto, ya en los detalles de la ejecución. Siendo todavía general, no podia disponer sino de un número limitado de soldados; tenia que suplir con el ingenio la fuerza material, emplear el imperio de su propio carácter en vez de la autoridad ilimitada; por lo cual es mas digno de admiración que cuando, dueño de todo, disponia de los ejércitos de media Europa y á nadie tenia que dar cuenta de los tesoros ni de la sangre derramados.

§ 68. GUERRAS DE NAPOLEON.

Por esto y porque fué de tanta importancia en la suerte de Italia, hablaremos de esta sola guerra de Napoleon. Los laureles que habia recogido en Italia le daban á él esperanzas para cosas mayores y al Directorio envidia. Por tanto le enviaron á Egipto á combatir á los Ingleses (1799), proponiéndose con esto el Directorio alejarle del teatro de su gloria, y Buonaparte esperando distinguirse mas al rescatar una de las cunas de la civilización, ocupar aquel fertilísimo y bien situado país y unirse con Tipposaib para abatir el poder de los Ingleses en la India. Allí se inventó una nueva táctica para contrarrestar el nuevo método de los enemigos, y se conoció el poder de los cuadros.

La segunda expedición de Italia y la batalla de Marengo (1800) fueron una reproducción de la primera expedición en que utilizó la experiencia adquirida en Egipto: en efecto, en Marengo se formó un cuadro que fatigó á la hermosa caballería imperial hasta la decisiva llegada de Desaix. Luego comenzaron las grandiosas guerras del Imperio, en las que habia el mayor número de tropas regulares que se ha-

(1) NISAS, *Guerres de la Révolution*, t. II, p. 344.

visto, maniobrando en puntos sumamente distantes, pero dirigidas por una sola voluntad; y que por medio de movimientos cuya mutua relación no se advertía, llegaban en un dia determinado para tomar parte en aquellas gigantescas batallas de Austerlitz (1805) y de Wagram (1809), que quedarán consignadas como clásicas en la historia de la guerra.

Las batallas de Napoleon han sido estudiadas minuciosamente para arrancarles el secreto de la victoria; pero del mismo modo que respecto de las obras maestras de literatura, es necesario contestar que el genio es la primera cualidad que se requiere. Él lo veía todo por sí mismo, examinaba cuidadosamente el terreno y las posiciones y las probabilidades; daba las órdenes, y al principiar la pelea se retiraba á retaguardia, desde donde examinaba los movimientos para reparar los reveses y aprovechar el instante del triunfo. Se habia acostumbrado á los estragos y permanecía impassible en medio de la matanza; nunca mudó de parecer ni cedió porque le manifestasen los enormes sacrificios que habia de costarle. Daba órdenes y recibía avisos con imperturbable serenidad, reservándose siempre la idea y dejando solo á los demas la ejecución material. Sus admiradores atribuyen su constante fortuna 1º á su incomparable habilidad de crear, reunir y disponer los medios proporcionados á la empresa; 2º á la actividad que le daba siempre la iniciativa; 3º á la rapidez de vista y de acción que no dejaba al enemigo reflexión ni tiempo de oponerse á sus proyectos; 4º á que hacia de las masas el mejor uso posible; 5º al ascendiente que desde el principio y mucho mas despues ejerció en sus soldados y aun en los enemigos; 6º á la tenacidad producida por la reflexión no menos que por la naturaleza, y que sabia infundir á los demas, y 7º á la habilidad de saber aprovecharse de la primera victoria para las siguientes.

Empeñada la batalla, pensaba él, el desistir hubiera sido perder la sangre derramada hasta entonces; pues que se vierta mas hasta conseguir un buen resultado: enviaba á sus soldados á la carga ocho y diez veces, de modo que en la primera ponían en juego toda su energía, persuadidos de que el aflojar no les daría descanso. Añadirémos otra razón mas de sus triunfos, á que sus admiradores no dan bastante importancia, y es, que tenia grandes generales formados por la Revolución y un ejército que se habia aguerrido en ella, y que todos sabian lo que era la patria, la gloria y la libertad, y combatía por sentimiento y con aquella idea de la importancia personal que no se adquiere donde manda uno solo y obedecen todos. Cuando no le sostuvieron los generales, cayó.

No le conceden el título de creador; pero aquellas guerras en tan gran número y en un campo tan extenso como la Europa, produjeron naturalmente aquellas aplicaciones simultáneas y en grande escala que hacen prosperar una ciencia ó un arte. Nadie ha poseído mejor á un

mismo tiempo todos los elementos de la estrategia y de la táctica, por lo cual pudo aplicarlos felizmente desde las ideas mas generales hasta las particularidades mas pequeñas; se elevaba á los principios con rápida síntesis, y sabia dos cosas que difícilmente están unidas, sacar partido de los pequeños ejércitos y mover con facilidad los grandes. No reconocía mas que una clase de infantería, que llamaba ligera, para distinguirla de la antigua. Creó los volteadores para aprovechar los quintos que tenían poca talla para formar en línea. La caballería, arma del momento, cuyo arte consiste en aprovechar la ocasión, tiene dos oficios: el primero es cortar las líneas, y el otro dispersar al enemigo cuando ha sido destrozado, proteger é ir delante de la infantería y cubrir la retirada. Lo primero corresponde á la caballería pesada y lo segundo á la ligera. La caballería de línea ó sea los dragones que Napoleon volvió á establecer, no obtuvieron la aprobación de los prácticos ni de la experiencia. No ha faltado quien diga que por él era la caballería como el rayo, precursor y nuncio de Júpiter, y en efecto, reconociendo que la importancia de esta arma consiste en la rapidez, hizo inundar muchas veces de repente el territorio enemigo por gruesos cuerpos de caballería, mandados por jefes arrojados é inteligentes, que se apoderaban de golpe de los puntos estratégicos, ocupaban las gargantas, sorprendían los convoyes y los almacenes, cortaban las columnas y trastornaban los planes de los enemigos.

El mariscal de Sajonia hacia consistir en las piernas la victoria; Federico II en las armas de fuego; Napoleon unió una cosa á otra, y decia que aquellas preparaban la victoria y estas la conseguían. Y si bien es cierto que Napoleon nada inventó, nadie ha entendido mejor las órdenes introducidas por Federico II y se sirvió de ellas en mayor escala. Cualquiera diría, exclama Jomini, que vino al mundo para enseñar á los generales y á los jefes de los Estados todo lo que pueden hacer de grande y lo que deben evitar; sus victorias son lecciones de destreza, de actividad y de audacia, y sus derrotas son ejemplos moderadores prescritos por la prudencia á quien crea que el despotismo lo pueda todo, cuando se afianza en las bayonetas.

La última y destructiva guerra de Rusia ofreció los ejemplos mas insignes de retirada. Las de Bellisle de Praga, de Federico de Olmutz, de Moreau en Alemania, de Macdonald del Trebie, de Suwarof de Lautterthal fueron cortas; la de los diez mil Griegos era de poca gente; la de Antonio de la Média tenia enfrente de sí á un pequeño enemigo; en la de Carlos VIII los enemigos estaban divididos. Pero los Rusos del Niemen se retiraron hasta mas allá de Moscou por el espacio de setecientas millas sin dejarse sorprender jamas; y los Franceses anduvieron desde Moscou hasta el Vístula, en país enemigo, en medio de todas las adversidades de la